

**JERZY ACHMATOWICZ**

Uniwersytet Wrocławski

## **Poesía náhuatl: arqueología de una tradición oral**

**Palabras claves:** poesía náhuatl — tradición oral prehispánica — formas de escrituras prehispánicas — aculturación.

Trataremos en el presente trabajo esbozar algunas respuestas a unas preguntas relacionadas directamente con un fenómeno de las culturas mesoamericanas que guarda relación con una constatación sobre la existencia y significativa riqueza y belleza de lo que se podría denominar como “poesía náhuatl prehispánica”<sup>1</sup>. Quisiéramos subrayar este aspecto que se esconde detrás de lo “prehispánico”, pues nuestro interés se concentra justamente en el planteamiento que considera que, dentro del supuesto mundo literario que estaba presente en el vasto territorio mesoamericano, ha surgido antes de la Conquista una producción poética plasmada en el idioma náhuatl, sea por unos personajes conocidos por su nombre sea por autores anónimos. Nos limitamos al ámbito de las expresiones literarias comunicadas en náhuatl, una lengua que, dicho sea de paso, en vísperas de la invasión europea dirigida por Hernán Cortés, representaba en el territorio dominado, por el así llamado Imperio Mexica, el papel de lengua franca.

Las preguntas que planteamos son las siguientes: ¿cuál era el modo de ser de la poesía náhuatl en los tiempos prehispánicos? ¿cómo y en qué forma ha llegado a nosotros esta poesía? y, finalmente ¿qué tipo de problemas se presentan a la hora de absorber y analizar este acervo cultural?

Al principio vale la pena observar que los estudios y revalorización de las literaturas indígenas de México son de fechas relativamente recientes, porque el interés científico por esta literatura, justamente como fenómeno literario en sí y no como un material de fuentes etnohistóricas, se remonta a los años treinta del siglo pasado<sup>2</sup>. Hay que agregar que desde aquel entonces se supuso

---

<sup>1</sup> Véanse M. León-Portilla, *Trece poetas del mundo azteca*, México D.F., 1984; M. León-Portilla, *Literaturas indígenas de México*, México D.F., 2003; A.M. Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, México, 1953–1954; J.L. Martínez, *Nezahualcōyotl*, México D.F., 1984.

<sup>2</sup> M. León-Portilla, *Literaturas...*, pp. 32–34.

que existen determinadas huellas materiales, independientemente de la tradición oral, que muestran la actividad literaria desde los albores de los más importantes fenómenos de civilización en Mesoamérica:

Los conceptos y las palabras que integran el ser de las literaturas indígenas en México son evocados de varias formas. Como resumen, puede decirse que han llegado a nosotros a través de monumentos y diversos objetos con inscripciones, en libro con pinturas y caracteres glíficos, en tradiciones orales recogidas en distintos tiempos y formas y, finalmente, en textos escritos con el alfabeto latino adaptado al correspondiente idioma nativo.<sup>3</sup>

A continuación vamos a examinar de manera resumida las formas mencionadas y su significado para la transmisión de los logros espirituales mesoamericanos.

Las primeras huellas materiales de un reflejo conceptual y abstracto de la realidad los encontramos en la cultura olmeca cuyos inicios se remontan al siglo XV a. C., y los artefactos más antiguos que llevan ciertas inscripciones que muestran manejo de los elementos de escritura jeroglífica, el conocimiento del calendario, anotaciones de fechas y el uso hipotético del cero, encontramos entre el VIII y I siglo a. C.<sup>4</sup> Entre muchos objetos que ilustran estos logros mencionamos solamente los así denominados monumentos 13 y 19 de la región de La Venta, la hacha de Humboldt, hecha de jade<sup>5</sup>, y la estela C de Tres Zapotes<sup>6</sup>. En el caso de este último monumento encontramos la inscripción de calendario más antigua (31 a. C.<sup>7</sup>) y un glifo que lleva el significado de *Ollin*, es decir movimiento, un signo que se inscribe en todas las imaginaciones transcendentales de las civilizaciones mesoamericanas, siendo relacionado con el sol y con la vida.

Interesantes datos lleva la lápida funeraria 14 del montículo J, en el centro ceremonial Monte Albán. Su interpretación, muy relevante para nuestros propósitos, la presenta Alfonso Caso<sup>8</sup>:

En la parte central de la misma, arriba, está el símbolo del año 6-Turquesa [...] Más abajo está una mano con los dedos hacia arriba cogiendo un objeto que se ve justamente encima del glifo “cerro”, que en este periodo adquirió ya su forma definitiva. Debajo del “cerro” (que significa pueblo o ciudad) hay un glifo invertido [...] que, según creo, representa a los señores o dioses que fueron conquistados por los de Monte Albán. [...] Probablemente esta inscripción, en su parte central, dice que el lugar cuyo glifo es el monte fue conquistado en el

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 39.

<sup>4</sup> Véase *Obras maestras del Museo de Xalapa*, México D.F., 1983, pp. 26–27; *Corpus Antiquitatum Americanensium, México V, Monolitos Olmecas y otros en el Museo de Veracruz*, México D.F., 1971.

<sup>5</sup> M. León-Portilla, *Literaturas...*, pp. 43–47.

<sup>6</sup> *Obras maestras...*, *op. cit.*, p. 31.

<sup>7</sup> En la estela 10 en Kaminaljuyu en Guatemala lo más probable que aparece (sería la fecha más antigua) la fecha del año 147 a. C.; en la estela 2 en Chiapa del Corzo aparece la fecha del año 36 a. C., en la estela 1 „El Baúl” en Guatemala tenemos la fecha 36 del año d. C. Véase también: M. León-Portilla, *Literaturas...*, p. 53; un poco más adelante (p. 54) el autor nos informa sobre la estela 12 de Monte Alban, fechándola al año 600 a. C. (sic) y describe la inscripción de calendario el año 4-Viento y el día 8-Agua.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 48; la inscripción mencionada se fecha para 300 d.C.

día 11-Flecha, del año 6-Turquesa. En ambos lados de esta inscripción central hay hileras de otros grifos, algunos de ellos son numerales en ocasiones representados en forma de dedos. Y en la inscripción que aparece al lado derecho hay una columna en la que está el glifo del pie descendiendo, posiblemente para indicar el verbo “descender”. En esta inscripción hay también un glifo que aparece acompañado, arriba por una barra que denota el número siete, en tanto que, abajo el numeral es una barra y dos puntos, o sea 7.

La interpretación citada nos muestra claramente en el área mesoamericana un fuerte y omnipresente afán de encontrar recursos materiales e intelectuales para poder perpetuar diferentes eventos y colocarlos en una escala de tiempo, cuidadosamente elaborada. Dicho de otra manera, desde los inicios del desarrollo de las civilizaciones mesoamericanas encontramos por un lado avances significativos en cuanto el cómputo del tiempo y asimismo calendarios sorprendentemente muy precisos, y por otro representaciones gráficas que tratan de reflejar diferentes ideas, desde las más simples y palpables hasta las más abstractas y generales.

La inmensa mayoría de los monumentos del pasado remoto de las civilizaciones mesoamericanas nos muestran recursos, más o menos desarrollados, para “contar” diferentes acontecimientos y reflejar percepciones imaginarias fuertemente vinculadas con modo de ver el mundo:

Es verdad que, en muchos casos, es reducido lo que aportan esos testimonios glíficos e iconográficos, en cuanto creación literaria. Sin embargo, la luz que proporcionan sobre la visión del mundo, creencias y antiguas prácticas religiosas es insustituible. Pueden tenerse como complemento precioso para detectar la autenticidad de composiciones transcritas con el alfabeto a raíz de la conquista. En paralelo con cualquier evidencia interna perceptible en tales composiciones transcritas a partir del contacto europeo, los testimonios glíficos e iconográficos de comprobado origen prehispánico se presentan como marco de referencia fundamental.<sup>9</sup>

Vamos a ver más adelante la importancia real de este “marco de referencia fundamental”, tomando en cuenta el modo de ser de las producciones literarias prehispánicas mesoamericanas.

El material iconográfico recientemente mencionado de “comprobado origen prehispánico”, es decir bajorrelieves, cuadros e ilustraciones contenidos en un número desgraciadamente muy reducido de los códices precolombinos, constituyen un acervo particular donde se puede percibir de manera evidente los elementos narrativos, correspondientes a los importantes acontecimientos históricos o episodios relacionados con las mitologías y respectivos rituales<sup>10</sup>.

Como es sabido, en el periodo en el que se llevaba a cabo la Conquista de Tenochtitlan (1519–1521), las destrucciones que acompañaron a esta guerra abarcaron también varios bienes culturales, incluida la destrucción completa de la llamada Biblioteca de Nezahualcoyotl en Texcoco, probablemente llevada a cabo por destacamentos auxiliares de los guerreros de Tlaxcala,

<sup>9</sup> *Ibidem*, pp. 40–41.

<sup>10</sup> Véase M. León-Portilla, *Literaturas...*, ss. 56–59.

que acompañaban a la tropa de Cortés. Debido al cruel cerco de Tenochtitlan y la heroica defensa de los Méxicas, esta floreciente ciudad, de casi 300 mil habitantes, fue arrasada de la faz de la tierra. Junto con esto fueron destruidos y desaparecieron para siempre innumerables documentos (códices) guardados en los palacios de aquel imperio conquistado. En consecuencia, no se ha preservado ningún manuscrito estrictamente náhuatl de la época precolombina y los únicos testimonios de la narrativa se preservaron en forma de esculturas y bajorrelieves, como el Calendario del Sol, la figura monolítica y esotérica de Cuatlicue, o también la famosa piedra de Tizoc. Cómo hubieran podido ser los libros perdidos de náhuatl lo podemos ver estudiando los códices de la región Tlaxcala – Puebla del denominado Grupo Borgia<sup>11</sup>, de fuerte influencia Mixteca, como también manuscritos creados tras la caída de Tenochtitlan, sea en forma de supuestas copias de los libros antiguos, sea obras surgidas por otras razones<sup>12</sup>.

No obstante, se puede decir que en el ámbito cultural delimitado por el dominio azteca no se llevó a cabo tal desarrollo de la escritura que hubiera podido registrar toda la tradición literaria oral, que sin duda existió tomando en cuenta el elevado número de 948 testimonios de los escritos pictográficos que han surgido poco años después de la Conquista. Entonces, ¿cómo se preservaban acontecimientos, imaginaciones religiosas, discursos de moral, exclamaciones rituales, cantos, conocimientos, poesía, etc.? De alguna manera lo sabemos gracias a las informaciones de los cronistas del siglo XVI, que justamente sobre este problema no nos proporcionan un cuadro suficientemente claro. Por ejemplo Durán menciona, a propósito de la educación de los hijos de los nobles, que:

Para lo cual tenían casas diferentes [...] a donde [...] tenían ayos, maestros y preladados que les enseñaban y ejercitaban en todo genero de artes: militares, eclesiásticas y mecánicas, y de astrología por el conocimiento de las estrellas. De todo lo cual tenían grandes y hermosos libros de pinturas y caracteres de todas estas artes, por donde los enseñaban.<sup>13</sup>

Un poco más adelante, este mismo autor indica que:

Estas figuras que en cada día del mes había servían como de letras. Y siempre lo sirvieron en general las pinturas de letras, para escribir con pinturas y efigies sus historias y antiguallas, sus memorables hechos, sus guerras y victorias, sus hambres y pestilencias, sus prosperidades y adversidades; todo lo tenía escrito y pintado en libros y largos papeles, con cuentas de años, meses y días en que habían acontecido. Tenían escritas en estas pinturas sus leyes y ordenan-

<sup>11</sup> Pertenecen aquí los códices: Borgia, Vaticano B, Cospi, Laud y Féyervary-Mayer.

<sup>12</sup> Aquí dejamos fuera el análisis de los fascinantes monumentos iconográficos, jeroglíficos y de escritura en general de la cultura maya. Como sabemos ha sido la única cultura mesoamericana que logró elaborar una escritura completa y fonética, la misma que desde los primeros siglos de nuestra era acompañaba a innumerables bajorrelieves barrocos plasmados en estelas. Véase M. León-Portilla, *Literaturas...*, pp. 60–81, 85–103; M. Kuckenbunrg, *Pierwsze slowo*, Warszawa 2006, pp. 215–218.

<sup>13</sup> D. Durán, *Historia de las Indias de Nueva Espada e Islam de la tierra firme*, México D.F., 2006, t. 1, p. 191.

zas, sus padrones, etc. todo con mucho orden y concierto. De lo cual había excelentísimos historiadores que, con estas pinturas, componían historias amplísimas de sus antepasados.<sup>14</sup>

Estas informaciones del cronista confirman lo que se sabe desde hace mucho tiempo, a saber, que desde los tiempos inmemorables, sea en las estelas, o en los bajorrelieves colocados en monumentos más grandes (pirámides, templos, palacios), sea en los códices “escritos” sobre pieles de venado o en el papel *amate*, diferentes civilizaciones mesoamericanas trataban de eternizar los más importantes eventos mitológicos, históricos o religiosos. Las formas de estas inscripciones, dejando del lado el fenómeno de los Mayas, era similar en todas las regiones al tener el carácter de la escritura ideográfica, donde se recurría a un canon de símbolos establecido, que unidos de manera pertinente ofrecían un mensaje bastante preciso, habitualmente especificado adicionalmente por unas anotaciones de calendario. En cambio, queda como una cuestión misteriosa cómo se preservaban cantos, himnos, discursos extraordinariamente largos<sup>15</sup> o las obras de carácter poético.

Vale la pena en este contexto mencionar a otro cronista y de hecho a un precursor de etnohistoria en la Nueva España, Bernardino Sahagún<sup>16</sup>, quien en su extraordinaria obra se refiere constantemente a los “libros”, “pinturas”, “signos” y “símbolos”. Dice por ejemplo que: “Según que afirman los viejos en cuyo poder estaban las **pinturas** y **memoriales** de las cosas antiguas, los que primeramente vinieron a poblar esta tierra desta Nueva España vinieron de hacia del Norte, en demanda del Paraíso Terrenal.” Y en otro lugar, mencionando lo que se enseñaba en la exclusiva institución educacional que era *calmecac*, dice: “La catorcena era que les enseñaban todos los versos de canto para cantar, que se llamaban divinos cantos, los cuales versos estaban **escritos en sus libros por caracteres**. [de ¿escritura? — J.A.]”<sup>17</sup>

Así que no cabe duda que aquellos libros, crónicas, códices realmente existieron, sin embargo aún se queda un problema poco claro en cuanto no tanto qué, sino cómo se llevaban a cabo las “escrituras” en estos documentos. Mencionada por Sahagún “escritura por caracteres”, es decir recurriendo a cualquiera que sea forma de escritura que no fuera hieroglífica, no encuentra ninguna documentación en las fuentes, aunque, como ya hemos mencionado, los logros en cuanto la escritura fonética eran conocidos entre los Mayas,

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 226; el autor prosigue: “Las cuales no poca luz nos hubieran dado, si el ignorante celo no nos las hubiera destruido. Porque hubo algunos ignorantes que, creyendo ser ídolos, las hicieron quemar, siendo historias dignas de memoria y de no estar sepultadas en olvido, como están, pues aún para el ministerio en que andamos del aprovechamiento de las ánimas y remedio de los naturales nos dejaron sin luz.”

<sup>15</sup> Véase B. Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España* (Introducción, paleografía, glosario y notas A. López Austin y J. García Quintana), México D.F., 1989, t. I, pp. 307–442, Libro sexto “De las oraciones con que oraban a los dioses y de la retórica y filosofía moral y teología, en una misma contextura”.

<sup>16</sup> Véase A. Hernández de León-Portilla (ed. intr.), *Bernardino de Sahagún, diez estudios de su obra*, México D.F., 1997, especialmente pp. 47–163.

<sup>17</sup> B. Sahagún, *op. cit.*, respectivamente: t. II, p. 493 y t. I, p. 229. (subr. J.A.)

quienes probablemente heredaron los primeros intentos de esta naturaleza de los Olmecas:

El estudio de varias inscripciones olmecas en vasijas y hachas muestra que en ellas se empleó el sistema de representación conocido como rebus que evoca una palabra delineando objetos cuyos nombres incluyen sonidos homófonos o semejantes a los vocablos que se desea expresar. Son vestigios del nacimiento de una escritura en parte fonética.<sup>18</sup>

Quizás el investigador franciscano, cuando menciona “caracteres”, en realidad tiene en su mente unas glosas que frecuentemente se ponían en náhuatl, recurriendo al alfabeto latino, en todos aquellos documentos (incluidos códices, elaborados como copias perfectas de los creados antes de la Conquista), que constituían un fundamento de sus estudios y obra monumental, donde se encontraban tanto los documentos prehispánicos como los que fueron creados después del 1521.

En la obra de Fernando de Alva Ixtlilxochitl (1578?–1650), del primer historiador mestizo *sensu stricto*, también encontramos un interesante fragmento sobre la creación literaria *náhuatl* y sus formas de preservarla:

[...] me aproveché de las **pinturas y caracteres que son con que están escritas y memorizadas** [de los pueblos que antes habitaban Nueva España — J.A.] sus historias, por haberse pintado al tempo y cuando sucedieron las cosas acaecidas, y de los cantos con que las observaban, autores muy grave en su modo de ciencia y facultad [...] porque tenían para cada género sus **escritores**, unos que trataban de los anales poniendo por su orden las cosas que acaecían en cada un año, con día, mes y hora. Otros tenían a su cargo las genealogías y descendencias de los reyes y señores y persona de linaje, asentando por cuenta y razón los que nacían y borran los que morían, con la misma cuenta. Unos tenían cuidado de las pinturas de los términos, límites y mojoneras de las ciudades, provincias, Pueblo y lugares, de las suertes y repartimientos de las tierras, cuyas eran y a quién pertenecían. Otros, de los **libros** de las leyes, ritos y ceremonias que usaban en su infidelidad; y los sacerdotes [que poseían libros — J.A.], de los templos, de sus idolatrías y modo de su doctrina idolátrica y de las fiestas de sus falsos dioses y calendarios. Y finalmente los filósofos y sabios que tenían entre ellos, estaba a su cargo el **pintar** todas las ciencias que sabían y alcanzaban, y enseñar **de memoria** todos los cantos que observaban sus ciencias e historias [...].<sup>19</sup>

Este mismo Ixtlilxochitl, descendiente (tataranieta) de Nezahualcoyotl, el gran señor, poeta y filósofo, de Texcoco, recuerda el esplendor pasado de aquellas Atenas de la cultura *náhuatl*, mostrando también la riqueza de obras literarias que se encontraban allá:

[...] en la ciudad de Tetzcuco estaban los archivos reales de todas las cosas referidas, por haber sido la metrópoli de todas las ciencias, usos y buenas costumbres, porque los reyes que fueron de ella se preciaron de esto y fueron los legisladores de este nuevo mundo; y de lo que se escapó de los incendios y calamidades [...] que guardaron mis mayores vino a mis manos

<sup>18</sup> Véase M. León-Portilla, *Literaturas...*, p. 47; procedimientos similares podemos observar en varios códices que fueron creados después de 1521, sin embargo corresponden principalmente a apellidos o topónimos, y además, sería difícil no tomar en cuenta en este caso el impacto de la cultura europea.

<sup>19</sup> F. Ixtlilxochitl, *Obras históricas*, México D.F., 1997, t. I, p. 527 (subr. J.A.)

de donde he sacado y traducido la historia que prometo [...] alcanzada con harto trabajo y diligencia en entender la interpretación y conocimiento de las **pinturas** y **caracteres que eran sus letras** y la traducción de los **cantos** en alcanzar su verdadero sentido [...].<sup>20</sup>

Como se ve el problema sigue siendo algo confuso y a la luz del saber con el cual contamos hoy, podemos constatar que toda la riqueza de los portadores materiales de la cultura literaria náhuatl no rebasaba el nivel ideográfico de escritura, sin embargo era capaz de abarcar un enorme conjunto de fenómenos, manifestándose a través de diferentes formas de expresión, aprovechando, a parte de las formas hieroglíficas, también el sentido consuetudinario de colores. Forzosamente nos encontramos frente a la necesidad de reconocer, por lo menos hipotéticamente, que todo lo que hemos denominado como tradición literaria prehispánica, constituía una tradición oral, memorizada y de este modo transmitida de una generación a otra. Por otro lado los libros pintados, mencionados por los autores citados arriba, podían haber sido una suerte de guías y recursos mnemotécnicos<sup>21</sup>, que llevaban los contenidos memorizados a través de una complicada red de indicaciones ideográficas:

[...] este sistema complementario, audio-visual, existió sin duda para cierto tipo de cantos, pero no puede imaginarse cómo haya sido posible la representación de **conceptos líricos o filosóficos**. Así pues, en la situación actual de nuestros conocimientos acerca del mundo indígena, es forzoso concluir que poemas como los que compuso Nezahualcoyotl sólo se conservaban en la memoria y que precisamente por ello, los indios celosos de sus tradiciones y de su cultura se apresuraron a consignarlos en caracteres latinos en cuanto aprendieron la escritura de los misioneros españoles.<sup>22</sup>

Asimismo, es un hecho que, a través de los pictogramas y glifos ideográficos, se preservaban múltiples obras de carácter descriptivo e incluso hasta cierto grado conceptual, lo que a su vez significaba la necesidad de existir de un más o menos preciso sistema de su lectura e interpretación. Pues, de hecho existió aquí toda una institución que se dedicaba entre otros, a esta problemática y que se llamaba *calmecac*<sup>23</sup>:

Los institutos educativos perfectamente comprobados en su existencia y bien descritos por los primeros observadores que alcanzaron a verlos en funciones, se fundaban en una transmisión puramente verbal de los maestros a los discípulos, hasta que se fijaran en memoria de éstos. El tesoro literario se transmite de memoria a memoria, mediante la palabra repetida, y se fija firmemente con algunas ayudas mnemotécnicas. Así se transmiten poemas, recitados, relatos, discursos y demás. Había también una representación gráfica, jeroglífica que

<sup>20</sup> *Ibidem*, pp. 527–528. (subr. J.A.).

<sup>21</sup> Véase J.L. Martínez, *op. cit.*, p. 110: “[...] las imágenes de los dioses y la representación simbólica de sus atributos, como las que conocemos en los códices, pudieron servir de apoyo gráfico y la memorización de los cantos. Son explicables, pues, estas funciones complementarias entre código y canto, en el caso de los himnos, y acaso en el de **ciertos poemas épico-narrativos**.” (subr. J.A.).

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 111. (subr. J.A.).

<sup>23</sup> B. Sahagún, *op. cit.*, t. I, p. 227. Véase también: J.M. Kobayashi, *La educación cómo conquista*, México D.F., 2002, pp. 48–86; G. Vaillant, *La civilización azteca*, México D.F., 1977, pp. 96–106.



[...] se empleaba en forma mixta en sus cuatro etapas fundamentales: la representación del objeto mismo, la representación simbólica, la representación ideológica y un principio de la representación fonética. Pero las **poesías se transmitían por constante repetición oral, de memoria a memoria** [...].<sup>24</sup>

Fuera de las *telpochcalli*, escuelas para *macehales* de perfil principalmente de educación militar, *calmecac* era una institución para bien nacidos, en cuanto al ámbito de administración y poder, y en algunos casos para plebeyos, en cuanto a la formación de los sacerdotes<sup>25</sup>. En *calmecac*, en condiciones muy duras, se transmitía conocimientos, podríamos decir, de carácter humanista, sobre la historia, doctrina religiosa, ceremonias, ritos y sobre todo se inculcaba, recurriendo a la memorización, cantos e himnos ceremoniales y se transmitía el saber esotérico de la interpretación de los libros pintados, junto con el complicado sistema del calendario, tanto correspondiente al año astronómico, como a aquel que servía para determinar el destino, tanto en el aspecto social como individual, *Tonalamatl*<sup>26</sup>. La enseñanza abarcaba genealogías, leyes vigentes, rezos, una suerte de doctrina moral o filosófica y discursos ceremoniales. Todo esto se basaba en el método de memorización y se ayudaba de diferentes recursos mnemotécnicos, cuya interpretación también había que aprender... ¡de memoria!

En otras palabras, en el caso de la cultura náhuatl tenemos una particular forma de la tradición literaria oral, cuya preservación de memoria y transmisión tras generaciones las aseguraban instituciones creadas a propósito, formando “bibliotecas andantes y hablantes”. Podemos suponer que, solamente gracias a ello cierta y relevante parte del acervo literario náhuatl pudo haber sido “trasvasada” en el siglo XVI al “recipiente” abstracto del alfabeto latín.

Como ya hemos mencionado, inmediatamente después de la conquista y hasta fines del siglo XVI surgió un número relevante de códices, de los cuales una parte eran seguramente copias de los libros perdidos para siempre<sup>27</sup>. Entre estos documentos hay un número considerable que traspasan al alfabeto latino diferentes tipos de narraciones, para lo cual los códices prehispánicos constituían una suerte de “marcos”, donde moviéndose a través de las representaciones pictográficas se podía presentar con precisión un transcurso de acontecimientos en un periodo determinado, sea históricos o mitológicos<sup>28</sup>:

<sup>24</sup> G. Ortiz Montellano, *Nican Mopohua*, México, 1990, p. 57 (subr. J.A.).

<sup>25</sup> Existían también *sui generis* instituciones educativas relacionadas con la existencia de las corporaciones de guerreros Águilas y Tigres (ocelotes) del carácter muy exclusivo y destinadas solamente para descendientes de grandes linajes, es decir *pillis*.

<sup>26</sup> Véase E. Siarkiewicz, *El tiempo en el tonalamatl*, Varsovia, 1995, Universidad de Varsovia, Cátedra de Estudios Ibéricos.

<sup>27</sup> Véase M. León-Portilla, *Literaturas...*, pp. 138–172; se mencionan aquí dos libros que servían para el arte adivinatorio (*Tonalamatl de Aubin* y *Códice Borbónico*), libros de contenido histórico (*Tira de Peregrinación* y *Códice Boturini*, *Códice Xolotl*, *Plotzin*, *Quinantzin*, *de Tepchpan*, *Historia Tolteca-Chichimeca*), libros requeridos por las autoridades españolas (*Códice Mendoza*), obras que salvaban el acervo cultural, surgidas por iniciativa de los oficiales españoles (*Códice Telleriano-Remense*, *Vaticano A — Ríos*).

<sup>28</sup> Probablemente así fue creada una relación de los terrenos de Guatemala, siendo obra de la comunidad Quiche y conocida con el nombre de *Popol Vuh*.



Tales manuscritos eran consultados al menos como guías en la recordación de cantos, relatos y discursos más amplios y completos. Varios cronistas, tanto indígenas como españoles, hablan de las escuelas sacerdotales donde se memorizaban sistemáticamente esos textos, relatos y discursos, de la antigua tradición. La consulta de los libros y la memoria de las tradiciones permitían a los sabios y sacerdotes enunciar en viva voz la antigua palabra, que de generación en generación, se transmitía y enriquecía. El contenido pictográfico de los libros, además de ser elemento muy valioso en la recordación, permitía encaminar o guiar la formulación de otros textos según lo iban requiriendo las cambiantes necesidades en la vida de la comunidad.<sup>29</sup>

Lo más probable es que el primer documento de este tipo fueran los *Anales de Tlatelolco* o *Anales de la Nación Mexicana*, que fueron escritos en 1528, es decir, apenas siete años tras la caída de Tenochtitlan:

Con este texto redactado en 1528 nació una nueva forma de la literatura indígena. Aprovechando las potencialidades del escritura alfabética, el hombre indígena transmitirá a cuantos lo lean y escuchen lo que él considera que es la verdad de su mensaje. En el Encuentro de Dos Mundos, justamente a la raíz del mismo encuentro, los vencidos dueños desde el tiempo inmemorial de la tinta negra y roja de sus códices, se apropian de esos otros signos [...]. La escritura alfabética [...], facilitó aún más la expresión de la palabra, de quienes, sangrando aún vivían el trauma de lo que se ha llamado la conquista.<sup>30</sup>

El autor recién citado asegura que un texto escrito en náhuatl es en el fondo una lectura de un antiguo códice pictográfico:

La quinta y última [parte] [...] es una historia de Tlatelolco desde los tiempos más remotos. En ella, siguiendo de los tlatelolcos que, junto con sus hermanos mexicas-tenochcas, salieron de Aztlán-Chicomozto en busca de la tierra que les había anunciado su dios. [...] La narración se prosigue, valiéndose siempre de escritura alfabética, aunque acudiendo al empleo de algunos glifos, bien sea calendáricos, toponímicos o de otra índole, hasta llegar el momento de la aparición de los españoles.<sup>31</sup>

El hecho de llevar la narración alfabética, siguiendo a la vez historias pictográficas, se manifiesta en la mayoría de los documentos a través de las expresiones tipo: “he aquí”, “aquí se ve”, “luego hay aquí”, o „después se puede ver aquí”. En otras palabras, aquella creación literaria que surge después de la conquista es (en gran parte) resultado de la lectura de antiguos códices, complementada por una bien preservada memoria de la tradición oral. Por otro lado, los códices directamente copiados llevan glosas aclaratorias en náhuatl, escritas en alfabeto latino, que también se apoyan en esta particular forma de la memoria colectiva. Por cierto, surge un problema muy relevante, desde nuestro punto de vista, a saber, la separación hábil y adecuada de lo que aparece como una memoria auténtica de lo que contiene contaminación “europea”<sup>32</sup>.

<sup>29</sup> M. León-Portilla, *Literaturas...*, pp. 195–196.

<sup>30</sup> *Ibidem*, pp. 171–172.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 171.

<sup>32</sup> Aparte de la obra de Miguel León-Portilla ya citada este autor ha dedicado también a esta problemática otra publicación: M. León-Portilla, *El destino de la palabra — de la oralidad y los códices mesoamericanos a la escritura alfabética*, México D.F., 1997.

Lo que aquí nos más interesa es la tradición literaria prehispánica, contenida en este acervo preservado en forma de verdadera escritura alfabética, literaria en el sentido estricto de esta palabra, es decir, obras que contienen discursos ceremoniales pulidos esmeradamente, cantares litúrgicos e himnos, y, sobre todo, obras poéticas de autores concretos o anónimos.

Cuando mencionamos aquellos perfectos y edificantes discursos, se trata de los así denominados *Huehuehtlahtolli*<sup>33</sup>, es decir “palabras antiguas”, recopilados por el franciscano Andrés Olmos, quien ya en 1536 contaba con una colección considerable<sup>34</sup>. Esta luego pasó a las manos de Sahagún, en 1547, y luego fue traducida e incluida parcialmente en el libro VI de su *Historia General...*<sup>35</sup>. Respecto a *Huehuehtlahtolli* se puede decir, siguiendo a Sahagún, que el contenido de estos discursos es el reflejo de la “filosofía moral y de teología” indígena y que guardan relación con los “cosas muy delicadas tocantes a las virtudes morales”.

Indudablemente tenemos aquí textos que, aunque pareciera a primera vista improbable, se han preservado en la memoria y que eran pronunciados o entonados como cantos durante diferentes oportunidades, partiendo de los himnos sacros, dirigidos hacia los dioses durante innumerables fiestas, pasando por narraciones cosmológicas relacionadas con la era del Quinto Sol o con la vida y maravillosas gestas de Quetzalcoatl, y terminando como oratorias de la vida cotidiana, recitadas con motivo del nacimiento, iniciación escolar, casamiento o muerte.

Mencionemos también aquí que los indios educados, entre otros, por Sahagún se dedicaron a la recopilación de “antigüedades” de la tradición literaria, principalmente prehispánica, reunidos en un conjunto conocido como *Cantares Mexicanos*<sup>36</sup>. Es un extenso manuscrito compuesto por 91 páginas con 97 cantares.

El conjunto de manuscritos más interesante para nosotros es aquel que fue recopilado por el franciscano Juan Bautista Pomar en 1582, que contiene obras de carácter poético, en un sentido lato, conocido con el nombre de *Romances de los señores de Nueva España*<sup>37</sup>, donde también encontramos

<sup>33</sup> *Tlahtolli* significa palabras, discursos, relatos o narraciones históricas; *huehue*: viejo, antiguo; A. de Molina, *Vocabulario en lengua castellana/mexicana mexicana/castellana*, México D.F., Porrúa 2004, II parte, p. 141; R. Siméon, *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, México D.F., 2007, Siglo Veintiuno, pp. 751 y 678; C. Macazaga Ordoño, *Diccionario de la lengua náhuatl*, México D.F., Ed. Innovación S.A. 1979, pp. 40 y 107.

<sup>34</sup> Véase M. León-Portilla, *Tonanzin Guadalupe — pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el “Nican Mopohua”*, México D.F., 2002, p. 30; sin embargo este mismo autor en una obra anterior adjudica este mérito a Juan Bautista (M. León-Portilla, “Estudio preliminar”, en: A. Molina, *op. cit.*, p. XXX).

<sup>35</sup> B. Sahagún, *op. cit.*, t. I, pp. 307–442.

<sup>36</sup> *Cantares mexicanos*, Reproducción facsimilar por M. León-Portilla y J.G. Moreno de Alba, México D.F., 1994. Algunas obras de esta colección contiene una edición polaca: M. León-Portilla, *Meksykanie*, Kraków, 1976.

<sup>37</sup> Colección con nombre de la *Colección Latinoamericana* se encuentra en Universidad de Texas en Austin; Véase A.M. Garibay, *Poesía náhuatl*, t. I, *Romances de los señores de la Nueva España. Manuscrito de Juan Bautista de Pomar, 1582*; México D.F., 1964; el segundo tomo de esta obra contiene los *Cantares mexicanos* y fue editado en 1965.

varias obras mencionadas en el conjunto recién nombrado o sus variantes. Independientemente de que en otros testimonios del siglo XVI escritos en náhuatl se puedan encontrar también algunas obras de carácter poético, los dos mencionados conjuntos de manuscritos constituyen la fuente básica de nuestros conocimientos sobre los logros de la literatura náhuatl en el ámbito de la imaginación poética.

No obstante, nos quedamos con unas preguntas abiertas y fundamentales: ¿cuáles de estas obras pertenecen a la tradición literaria prehispánica? y ¿hasta qué grado lo que se había preservado representa versiones fidedignas y originales? León-Portilla observa aquí que:

Para identificar, entre lo mucho que se rescató, la auténtica creación indígena es menester aplicar un sentido crítico, sirviendo de gran ayuda el contrastar lo Antiguo, es decir lo aportado por la arqueología, incluidos los testimonios de los Antiguos libros o códices, con lo que se copió o transcribió en el proceso de rescate, efectuados sobre todo en el siglo XVI. Las pesquisas críticas nos revelan que, si en rescate hubo a veces alteraciones y aún posibles falsas atribuciones, también se recogió un Rico caudal de textos, que abarca muestras de la narrativa histórica, discursos, himnos, cantares, y testimonios de la Antigua visión del mundo y de las creencias de los Pueblos indígenas. Todo esto forma parte del gran *corpus* de la literatura prehispánica de México.<sup>38</sup>

He aquí donde comienza lo que llamamos la “arqueología” de la tradición oral mesoamericana que, como hemos tratado de mostrar, probablemente constituía el único trasmisor real de la producción poética prehispánica. Asimismo, la producción poética, hoy día reconocida como auténticamente precolombina, tiene que pasar por el “filtro” de todos los recursos relacionados con la mencionada tradición oral, para que los análisis propiamente filológicos reciban un sólido fundamento histórico y cultural.

## Referencias bibliográficas

### CANTARES

1994 *Cantares mexicanos*, reproducción facsimilar por M. León-Portilla y J.G. Moreno de Alba, México D.F., UNAM.

### CORPUS

1971 *Corpus Antiquitatum Americanensium, México V, Monolitos Olmecas y otros en el Museo de Veracruz*, México D.F., Instituto Nacional de Antropología e Historia.

### DURAN D.

2006 *Historia de las Indias de Nueva España e Islam de la tierra firme*, México D.F., Porrúa.

### GARIBAY A.

1953–1954 *Historia de la literatura náhuatl*, México, Porrúa.

### GARIBAY A.M.

1964 *Poesía náhuatl*, t. I, *Romances de los señores de la Nueva España. Manuscrito de Juan Bautista de Pomar, 1582*, México D.F., UNAM.

### HERNÁNDEZ DE LEÓN-PORTILLA A. (Ed. e intr.)

1997 *Bernardino de Sahagún, diez estudios de su obra*, México D.F., FCE.

<sup>38</sup> M. León-Portilla, *Literaturas...*, p. 294.

IXTLILXOCHITL F.

1997 *Obras históricas*, México D.F., UNAM.

KOBAYASHI J.M.

2002 *La educación cómo conquista*, México D.F., El colegio de México.

KUCKENBURG, M.

2006 *Pierwsze słowo*, Warszawa, PIW.

LEÓN-PORTILLA M.

1976 *Meksykanie*, Kraków, Wydawnictwo Literackie.

1984 *Trece poetas del mundo azteca*, México D.F., UNAM.

1997 *El destino de la palabra – de la oralidad y los códices mesoamericanos a la escritura alfabética*, México D.F., FCE y El Colegio Nacional.

2002 *Tonanzin Guadalupe – pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el “Nican Mopohua”*, México D.F., FEC.

2003 *Literaturas indígenas de México*, México D.F., FCE.

MARTÍNEZ J.L.

1984 *Nezahualcōyotl*, México D.F., FCE.

OBRAS

1983, *Obras maestras del Museo de Xalapa*, México D.F., Studio Beatrice Trueblood, S.A.

ORTIZ MONTELLANO G.

1990 *Nican Mopohua*, México, Universidad Iberoamericana.

SAHAGÚN B.

1989 *Historia general de las cosas de Nueva España* (Introducción, paleografía, glosario y notas A. López Austin, J. García Quintana), México D.F., Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

SIARKIEWICZ E.

1995 *El tiempo en el tonalamatl*, Varsovia, Universidad de Varsovia, Cátedra de Estudios Ibéricos.

VAILLANT G.

1977 *La civilización azteca*, México D.F., FCE.

## The poetry of náhuatl – the archeology of oral tradition

**Key words:** náhuatl poetry — prehispanic oral tradition — prehispanic forms of writing — acculturation.

### Abstract

Our work is concentrated on the problem that could be defined as an emerging “manner entity/existence” of poetry *náhuatl*. Our analysis reconstructs forms of writing in the area of *náhuatl* culture (such as pictographic letters, events, history, myths, dates, etc.) in order to answer the question if solidification of literature created in the Mesoamerican area, like songs, religious and ritual hymns, and above all poetry was possible (with employment of said type of letter). Literature, which existed without doubt, is attested by piles of documents (e.g. manuscripts, chronicles, etc.). Furthermore, the phenomenon of oral tradition is analysed here because sometimes it seems to be the only way of preserving stories, poetry and traditions.